

las democracias nacionales. Sin haberla cursado, con toda aplicación y respeto, es dudoso que el príncipe de Gales hubiera sido invitado a la Argentina.

LUIS ARAQUISTAIN

¿Persistirá el espíritu de España en el nuevo tipo de cultura que se creará en América?

1

HA publicado *El Sol*, en sus últimas ediciones, tres artículos que no deben caer en el vacío. Merecen que un coro de buenas intenciones los vocean. El voceo, en este caso, equivale a comentar.

Los tres versan sobre el problema de las relaciones culturales entre España y América. Los suscribe D. Avelino Gutiérrez, patriota y médico español residente en Buenos Aires.

Su trabajo, pues, sobre relaciones entre España y América—mayormente las que lo preocupan, las de carácter cultural—resulta algo digno de tomarse en cuenta.

Con razón y amargura expone el señor Gutiérrez: «En España no me parece que comprendan bien el problema de las relaciones hispanoamericanas, si hemos de juzgar por lo que se dice, por lo que se hace y por lo que se deja de hacer».

El pensamiento básico del señor Gutiérrez es el siguiente: España ha de cumplir su destino en América. «Ese destino ha de ser espiritual, más que material, y debemos percatarnos de ello para favorecerlo e impulsarlo».

Como se advierte, el autor es un idealista ambicioso. No quiere que España se contente con vender aceitunas o vinos o bujerías en América y embolsarse unos cuantos pesos; quiere que la misión de España en América sea cultural, en primer término. Es decir, que equivalga a una prolongación del espíritu de España, al través de aquellos pueblos, en el espacio y en el tiempo. Aspira, en suma, a que España sea para América lo que ha sido Roma para Europa, mayormente para los pueblos latinos del Mediterráneo.

El vehículo del pensamiento es el idioma, y la flor del pensamiento, el libro. Ya es mucho que América hable la lengua de España. El señor Gutiérrez lo aprecia; pero no se ilusiona en este punto.

A los que manifiestan—como el crítico D. Julio Casares—que América debe vasallaje espiritual a España porque habla su idioma, olvidando que a ambos pueblos pertenece por igual, que de abuelos comunes lo heredamos y que es, en suma, común vehículo de un pensamiento bifurcado, les enseña:

«El idioma español, como que se habla y escribe en España y en América tiene, por así decir, una centración doble y un doble crisol de formación y de vida; y tanto influyen en su conservación y depuración, en su estatismo y corrupción, España como América».

Y en cuanto a los libros, opina con muy buena lógica el doctor Gutiérrez que si se aspira a que influyan allá parece indispensable que se produzcan aquí.

«Es necesario, pues, hacer el libro, el buen libro, nutrido de ciencia y de saber; sobrio en palabras, repleto de ideas».

Al llegar a este punto descubrimos la clave patriótica del profesor Gutiérrez: su desiderátum consiste en que resplandezca en España una gran cultura moderna, científica y literaria, para que esa luminaria se refleje en América. Por eso dice: «el problema hispanoamericano es un problema, ante todo, de progreso interno de España».

Como el autor vuelve sobre este pensamiento, lo repetiremos, en el curso de este artículo, para que resalte.

2

América es todavía y lo será por mucho tiempo, un ancho campo de experimentación. ¿Dominará allí tal o cual cultura europea, con exclusión de todas las demás, o se formará un tipo nuevo de cultura humana?

Al señor Gutiérrez no se le ocurre pensar en esto; o si algo piensa, lo calla: se contenta con laborar porque la huella de España no se borre sino que perdure y ahonde en el espíritu de América.

Para ejercer en América exclusiva influencia cultural, en pugna con los demás pueblos de Europa que tienen allí campo abierto a su actividad, sería necesario poseer una sólida y global cultura moderna, descollando por igual en las varias especializaciones en que otras potencias culminan; sería necesario contrarrestar a Alemania en química, en industrias de guerra, en filosofía; a Inglaterra en transportes, en maquinaria, en organización económica, en capital; a Francia en fuerza pública, en ahorro, en perfumería, en modas, en literatura, en libertad política; a Italia, en derecho, en criminalología, en bellas artes, en natalidad; a los Estados Unidos—que también luchan en la misma palestra—en aplicaciones industriales de la ciencia: teléfonos, cines, locomotoras, automóviles, útiles de agricultura, máquinas de coser, de escribir, de calcular; a todos en Universidades, laboratorios, Bancos, bibliotecas, periódicos, libros—en higiene, en legislación, en literatura, en ciencias, en moralidad política, en disciplina social, en espíritu libre, en audacia mercantil, en prosperidad.

Y aquí es donde el señor Gutiérrez se pone un poco pesimista.

«En América, dice, tendrán fácil colocación el sabio, el libro, la ciencia española». (*sic*).

Y agrega, con muy buen sentido de las realidades: «Es necesario que tengamos un libro, el sabio y la ciencia, pues no se podrá colocar lo que no se tenga».

El señor Gutiérrez concluye, repitiéndose adrede: «el problema de las relaciones hispanoamericanas no está centrado en América, sino en España...» Y para resolverlo, el gran patriota aconseja otra vez: «si España quiere influir en América debe empezar por saber... que necesita hacerse dentro de sí misma, mejorarse y perfeccionarse».

Esto es, en el fondo, lo que se responde a los que preguntan:

—¿Por qué envían los americanos a sus hijos a estudiar medicina en Alemania y no a Madrid; a estudiar mecánica y electricidad en los Estados Unidos y no a Barcelona; marina, en Inglaterra y no al Ferrol?